
DE VASCO NUÑEZ DE BALBOA

AL CORONEL GOETHALS

(APUNTES Y NOTAS)

Discurso leído en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,
el 25 de Septiembre de 1913,
por el socio Sr. D. Gonzalo de Murga

Señores:

Hoy hace cuatrocientos años, desde una cima que escalara él solo dejando a sus compañeros en el Valle, el intrépido hidalgo español D. Vasco Núñez de Balboa pudo contemplar con emoción indescriptible el anchuroso *Mar del Sur*.

Cuatro días después, entrando en el agua hasta la cintura, tremolando el pendón de sus Reyes y empuñando la espada, tomó posesión de aquel Océano y de las tierras por él bañadas, "en nombre de la Corona de Castilla, de quien habían de ser mientras el mundo existiera y hasta el día del Juicio Final...."

Era el de San Miguel, aquel para siempre memorable; y con el nombre del Arcángel bautizó Balboa el golfo que descubriera, siguiendo la católica costumbre de nuestros navegantes y conquistadores del ciclo épico. Precisamente en el mismo año de 1513, el día de Pascua Florida, Ponce de León había descubierto la tierra que Florida llamamos aún y en la que el Adelantado soñaba encontrar la fuente de Juvencio.

Labios más doctos y autorizados que los míos os van a decir quién fué Balboa y cuál su vida hasta que la segara el execrable

Pedrarias; limitándome yo ahora a exponeros en forma sintética,— con sólo brevísimos comentarios,— noticias y datos por donde colijáis la trascendencia que para la humanidad tuvo el descubrimiento del Pacífico: proeza realizada por un puñado de indómitos aventureros que cruzaron el Istmo de Panamá luchando durante veintinueve días con las tempestades del cielo, con los obstáculos que en la tierra oponían una naturaleza salvaje y con la belicosa fiereza de los hombres que poblaban la región.

I

Colón — que la moderna exégesis histórica pretende, acaso infundadamente, disputar como hijo de nuestra dulce Suevia — había, sin duda, leído a Marco Polo y conocía el mapamundi de Toscanelli; y al zarpar del puerto de Palos, y al internarse por el piélago en que se hundiera la Atlántida, imaginaba poner la prora de sus carabelas hacia las tierras del Preste Juan de las Indias y los fabulosos imperios de Catay y Cipango.

Pero el planeta era más grande de lo que Toscanelli supuso; el Japón y la China estaban más lejos de lo que Colón creía; y en el camino de sus naves alzóse como infranqueable barrera este maravilloso continente en que vivimos.

Si pocas centurias antes, cuando alentaba el Cid, al paso de su caballo se iba ensanchando Castilla, en las postrimerías del siglo xv y en los albores del xvi las quillas iberas ensancharon el mundo.

En 1445 Bartolomé Díaz dobla el cabo de las Tormentas, sirviendo de heraldo a Vasco de Gama, quien en 1497 emprende su portentoso viaje, a la cabeza de aquellos portugueses tan acostumbrados a domeñar las furias del Océano que le acusaban de temblar ante ellos. En 1498 llegan los ilusos a Mozambique; y por fin a la península índica, al "país de las perlas," descubrimiento que había de engrandecer a Portugal, arruinando a Venecia. En vano la Reina del Adriático pretendería conocer la ruta seguida por Gama, pues tan celosamente guardábase el se-

creto que se castigaba con pena de muerte a quienes trazasen el mapa de mundo por aquel hallado.

Magallanes, que levó anclas el 20 de septiembre de 1519, arriba al Brasil el 10 de Enero de 1520; y tras descubrir el estrecho que perpetúa su nombre, entra en el Pacífico el 28 de Noviembre, y el 16 de Marzo llega a las Filipinas encontrando la muerte a manos de sus pobladores. Entonces asume el mando de la expedición el vasco Sebastián Elcano que desembarca en España el 6 de Septiembre de 1522, siendo el primero en haber dado la vuelta al mundo y mereciendo que Carlos V le otorgara por armas un globo terráqueo con la gloriosa leyenda: "*primus circumdedisti me.*"

Colón viendo surgir un mundo en la soñada ruta de las Indias, Vasco de Gama rodeando el dilatado continente africano y Magallanes al forzar el estrecho de su nombre y abrir las puertas del Pacífico, resolvieron de un modo definitivo el problema de la forma y la extensión del globo.

El hallazgo de caminos naturales, al ensanchar los ámbitos de la tierra, abatía el comercio de ciudades antes poderosas, hacía surgir nuevos emporios de riqueza, y disipando las nieblas del misterio y de la fábula que envolvían a pueblos remotos, desencajaba y trasponía el eje de la civilización.

El comercio busca siempre para su desarrollo cauces fáciles y rápidos y lleva por ellos el oro que se traduce en poderío y predominio. Por eso de todo tiempo la humanidad ha buscado rutas que acortando las distancias le permitan economizar tiempo y esfuerzo y acrecer su poder.

Así la tierra y el agua, las montañas, las estepas, los istmos y los mares van siendo sojuzgados por el hombre, dejándose hender, encauzar, perforar, recorrer, dividir, allanar y vencer; y las civilizadoras batallas, los triunfos dignos de ser por altísimos vates cantados en renovados cantos de epopeya llámense túneles de San Gotardo, de Mont-Cenis y del Simplón, ferrocarril transiberiano y ferrocarril de los Andes, encauzamientos del Póo y del Ródano, canales de Kiel y de Manchester, y el de Corinto y el de Suez y de Panamá.

En el archivo de las edades pretéritas hallamos testimonio del empeño con que persiguiera el hombre la busca o creación de los mejores arcaduces para el tráfico. Hojead la historia y veréis que ya los Faraones quisieron establecer una vía del Mediterráneo al Mar Rojo utilizando el Nilo y un canal que de las aguas del Nilo se alimentase. Los Césares prosiguieron la obra; y bajo los Antoninos, hacia el siglo vi, todavía era navegable el canal que en tiempo de los árabes fué abandonado y llegó a cegarse. Napoleón, durante la campaña de Egipto, pensó restablecer esta vía, pero otras preocupaciones le hicieron prescindir del propósito.

A Periandro, tirano de Corinto, que pretendiera unir por un canal el golfo de Corinto con el de Egina, disuadiéronle los sabios so pretexto de ser distintos los niveles de las aguas en los dos golfos. Este mismo argumento de la diferencia de nivel entre el Mediterráneo y el Mar Rojo y entre el Atlántico y el Pacífico estuvo a punto de dar al traste con los proyectos del canal de Suez y del canal de Panamá; pero por fortuna observaciones científicas demostraron la identidad de niveles, aunque ciertamente las mareas son mucho más vivas en unos mares que en otros.

En abrir el canal de Corinto — empresa llevada a feliz término en nuestros días — pensaron también Julio César y Calígula; y en tiempo de Nerón, a quien tanto preocupaba la realización de grandes obras (y que tal vez incendiaría Roma no por las razones generalmente supuestas, sino por otras de carácter más alto, no bien averiguadas), realizáronse en el Istmo trabajos de excavación importantísimos, inaugurados por el divino Enobarbo quien — recordad a Dion Casio y a Plinio — con pala de oro llenó de tierra una espórtula que él mismo vertió a cierta distancia....

Muchos siglos más tarde, el 1.º de Enero de 1880, Mademoiselle Ferdinande de Lesseps hacía saltar la primera mina en el cerro de la Culebra, inaugurando así los trabajos del canal de Panamá.

II

Colón, en su cuarto viaje, arribó a las costas del Istmo de Panamá oyendo referir a los indios fantásticas historias de un estrecho a través del cual, navegando hacia el ocaso, existía, por un mar vastísimo, el verdadero camino de las tierras con que soñaba el Almirante.

La fe de Colón en *el secreto del estrecho* era tal, que en el mapa por él mismo inspirado (aunque no se publicó sino dos años después de su muerte) no se indica el Istmo de Panamá, sino un estrecho que permitiría el paso de Europa a las Indias.

Cuando Balboa descubrió el Mar del Sur persistía la fábula del paso entre los dos mares, constituyendo el mayor incentivo de geógrafos y exploradores; hasta que Carlos V encomendó su descubrimiento a un hombre de temple excepcional, a un héroe de proporciones mitológicas, a Hernán Cortés, quien no hallando el estrecho de la leyenda juzgó hacedero abrirlo, como si con su hidalga tizona pudiese de un mandoble partir en dos el continente.... Suya fué, pues, la heráclea concepción que había de realizar el Coronel Goethals cuatro siglos más tarde.

Un primo de D. Hernando, Alvaro de Saavedra Cerón, por estímulos y consejos de aquél, hizo exploraciones y estudios hasta trazar cuatro proyectos de canales interoceánicos, escogiendo precisamente los mismos lugares en que sabios de edades posteriores habían de fijarse: Tehuantepec, Nicaragua, Panamá y Darién.

Colón abordó el primero a las playas istmeñas; Balboa descubrió el Pacífico; Hernán Cortés pensó en unir los dos mares; Alvaro de Saavedra proyectó cuatro comunicaciones interoceánicas, una de las cuales, Panamá, está casi terminada, otra, Nicaragua, es fácil se realice en fecha próxima, y las dos restantes acaso se lleven a cabo algún día.

Después.... Guerras y preocupaciones de otra índole; la influencia que según se dice tuvieron los frailes en el ánimo de Felipe II al aconsejarle "no separara lo que Dios había unido;"

el desconcierto de la corte devota y galante de sus sucesores; el agotamiento de las tremendas energías de la raza; el rápido ocaso de nuestro inmenso poderío, fueron parte al desdén o indiferencia con que miráramos la realización de anhelos de los días inmediatos a la conquista...

En épocas más recientes muchos nombres de los que la humanidad ha recogido en sus anales, aparecen ligados a la idea de la comunicación interoceánica.

Así en 1778 Nelson, encargado por Inglaterra de reconocer el paso de Nicaragua, avanza por el río de San Juan hasta llegar al lago, viéndose en la precisión de retroceder por la resistencia que le opusimos desde el fuerte de San Carlos; en 1780 el gran Rey Carlos III mandó a D. Martín de la Bastida y a D. Manuel Galisteo que de nuevo explorasen Panamá; en 1804 Humboldt preconiza el canal de Darién; en 1814 las Cortes ordenan al Virrey de la Nueva España que se estudie el trazado del canal de Tehuantepec, del que en 1821 el general Orbegozo levantó los planos y para construir el cual, en 1842, bajo Santa Anna, obtuvo una concesión y realizó estudios D. José de Garay, cuyo sobrino D. Francisco propugnó la idea del canal de Tehuantepec ante el Congreso Internacional de París en 1879.

Por el año cuarenta y tantos del siglo último, así como Napoleón el Grande pensaba en unir el Mediterráneo con el Mar Rojo, Napoleón el Chico, entonces Príncipe Luis Napoleón Bonaparte, pensó en unir el Pacífico al Atlántico; estando preso en Ham obtuvo de Nicaragua la correspondiente concesión; y para emprender la obra solicitó de Thiers se le pusiera en libertad "*ne voulant plus s'occuper de politique.*"

Entre tanto, en 1788, se establecía real y positivamente una comunicación por agua entre los dos Océanos, con el modesto propósito "de transportar el cacao de Guayaquil a Cartagena," alcanzándose de paso la ventaja de establecer un camino "infinitamente pronto entre Cádiz y Lima."

Junto a las fábulas del *secreto del estrecho* existía la tradición de que hallándose muy cerca del río Atrato, que vierte sus aguas

en el Atlántico, el Tuyra, que desemboca en el Pacífico, los indios iban por agua de un mar a otro con sólo llevar a cuestas su piragua durante una hora; el piloto vizcaíno Goyeneche estudió y presentó al Gobierno el proyecto para hacer un canal de pocas leguas desde el puerto de Cupica (mar del Sur) al río Maipí, afluente del Atrato; y por fin un religioso, cura de la aldea de Nóvita, en la provincia del Chocó, hizo que sus feligreses abrieran el pequeño canal de "la Raspadura" uniendo las cercanas fuentes del Noamama (que muere en el Pacífico) con el riachuelo de Quito, afluente como el Maipí, el Andágueda y el Zitará del caudaloso Atrato. Goyeneche y el cura de Novita fueron, pues, hace más de un siglo, en cuanto a la realización del enlace de los dos mares, los precursores de Lesseps y Goethals.

Pero la obra magna, la obra trascendental, la obra que puede influir en los destinos del mundo de modo quizá no previsto por la reflexión o la fantasía de sociólogos, estadistas y poetas, la obra que ha de confundir en el mismo cauce las viejas y las nuevas civilizaciones cambiando acaso el curso de la humanidad, cúpole en suerte concebirla e iniciarla al genio francés, para que la llevaran a cabo el perseverante esfuerzo y el poderío económico de los anglo-americanos.

Cuando Fernando de Lesseps emprendió la obra que había de unir el Mar Rojo con el Mediterráneo, Lord Palmerston se desgañaba gritando a los cuatro vientos que tal empresa era sólo un fraude colosal, a lo que Lesseps respondía convencido: "*C'est un fleuve qui roulera de l'or.*"

Diez años después del completo éxito de la empresa denigrada por el magnate británico, cuando iban concretándose los propósitos de abrir por fin el canal de Panamá en que tantos hombres habían soñado, los ojos de todo el mundo se tornaron hacia *el gran francés*, para que prestase a la obra el prestigio de su nombre y de su genio; y Lesseps, aunque viejo y ganoso de descanso, estimó punto de honra lanzarse a la nueva aventura, "como el general que acabase de obtener una victoria no podría negarse a conducir su ejército a un nuevo triunfo."

En 1879 se reunió en París un Congreso Internacional de sabios para discutir la mejor forma de establecer la comunicación interoceánica, y por 78 votos contra 8, y 12 abstenciones, se tomó el siguiente acuerdo: "*Le Congrès estime que le percement d'un canal interocéanique à niveau constant, si désirable dans l'intérêt du commerce et de la navigation est possible; et que ce canal maritime, pour répondre aux facilités indispensables d'accès et d'utilisation que doit offrir avant tout un passage de ce genre, doit être dirigé du golf de Limon à la baie de Panamá.*"

Entonces dió principio la obra de cíclopes, la pasmosa epopeya en que tras una lucha titánica, el genio francés hubo de abatir las alas, herido por errores económicos y por los vergonzosos manejos de un grupo de especuladores infames que si arrebataron a su pueblo el fruto de enormes sacrificios haciéndole perder la supremacía que legítimamente esperaba conquistar, no pudieron despojarle de la gloria de haber concebido, de haber iniciado, de haber estado a punto de realizar la magna obra, haciendo posible que otro grupo humano la concluyera.

Si naves españolas descubrieron el Istmo de Panamá, si un hidalgo español fué el primer europeo que contemplara el Mar del Sur, si a Hernán Cortés se le ocurrió la idea de partir la angosta lengua de tierra, y si cuatro siglos más tarde los Estados Unidos pueden orgullosos ufanarse de haber establecido la comunicación interoceánica, a Francia deberá la humanidad la realización del portentoso. Del fracaso económico salió incólume, irguiéndose fuerte y prestigiada la ciencia francesa; y el pobre Lesseps que en días más felices adoptara la altiva divisa: "*aperire terram gentibus,*" vejado y escarnecido, cuando naufragaba su razón en las sombras de la insania, pudo pensar, tornando sus ojos hacia el Istmo:

"¡Sólo en intentarlo, hay gloria!"

En 1894, el mismo año en que muriera Lesseps, se constituía la Compagnie Nouvelle du Canal de Panamá que más tarde, por mediación del cuñado de Roosevelt y el hermano de Taft (cir-

cunstancia que desató los díceros de la maledicencia) había de vender por cuarenta millones de dólares sus derechos y bienes a los Estados Unidos de América.

III

No es mi propósito aventurarme en el campo de la política; pero aun desde el punto de vista meramente informativo, dejándoos a vosotros mismos el cuidado de establecer nexos y deducir consecuencias, creo pertinente recordar aquí algunos antecedentes históricos de doctrinas o proceder que han influido o pueden influir en la conclusión y en el futuro del canal de Panamá, así como en las relaciones de los pueblos a quienes el tráfico del canal afecte o importe.

A moción del Zar Alejandro I,—en quien ejercía dominio espiritual la mística Madame de Krudener,—en Septiembre de 1815 firmóse en París, entre Rusia, Prusia y Austria la "Santa Alianza," cuyo objeto era hacer que las naciones, tanto en su régimen interior como en sus relaciones exteriores, se guiasen siempre por los principios que constituyen la ética del cristianismo.

En 1822, en el Congreso de Laibach, los aliados declararon *tener derecho a intervenir en los asuntos de otros países y a modificar su gobierno, a fin de evitar los efectos de su mal ejemplo.* Honradamente, Inglaterra rechazó tal resolución, suscrita por Rusia, Prusia, Austria y Francia. Al siguiente año los *cientos mil hijos de San Luis* invadían España para restablecer el absolutismo de nuestro nefasto Fernando VII.

¿Pensarían los aliados restablecer también el absolutismo en las antiguas colonias españolas? Ante esa posibilidad el Presidente de los Estados Unidos, Monroe, declaró oponerse en principio a toda intervención extranjera en territorio americano.

Tal es, en substancia, la famosa doctrina Monroe, doctrina cuya paternidad se atribuye a John Quincy Adams; doctrina que no ha recibido sanción legislativa ni siquiera en su país de

origen y que por tanto no pasa de ser una simple tendencia política; doctrina que los Estados Unidos sacan a relucir con cualquier pretexto, invocándola campanudamente para producir temor, como cuando se dice a los niños: "¡que viene el coco...!"

Pero las naciones ultramarinas no suelen ser tan apocadas y asustadizas como los párvulos. ¡Lástima que lo demostrasen con tan infausto motivo como la injusta intervención en México, provocada por el Emperador de los Franceses; culpa gravísima de la cual supo redimir a España, en ademán gallardísimo, un caudillo glorioso cuya memoria veneráis aún: Prim!

La declaración de Monroe parecía indicar el propósito de los Estados Unidos de ayudar y defender a las naciones americanas; podía tomarse como una prueba de su amor a esas naciones, como el noble y desinteresado deseo de que se respetasen la integridad e independencia de las mismas....

De tal nobleza y desinterés han alardeado siempre los prohombres yankees. En nuestros días, el 15 de Febrero de 1905, Roosevelt, en su mensaje al Senado, exclamaba: "Nunca se podrá repetir con demasiada frecuencia y énfasis la afirmación de que los Estados Unidos no desean el más mínimo engrandecimiento territorial a costa de las naciones sus vecinas del Sur, y de que no se aprovecharán de la doctrina Monroe como excusa para semejante expansión de su parte;" en 31 de Julio de 1906, Root, precisamente en el Palacio Monroe, de Río Janeiro, decía: "No deseamos más territorio que el nuestro, ni más soberanía que la soberanía sobre nosotros mismos. Consideramos la independencia y la igualdad de derechos de los menores y más débiles miembros de la familia de las naciones, con derecho a tanto respeto como los de los grandes imperios;" y a principios de este mismo año de 1913 el Secretario de Estado, Knox, contestaba en Managua al Presidente de Nicaragua en los siguientes términos: "Noto lo que habéis dicho acerca de cierta aprensión existente en ésta y otras repúblicas de la América latina respecto a los verdaderos motivos y miras de los Estados Unidos hacia esas naciones con relación a la doctrina Monroe. Permitidme afirma-

ros — estando yo seguro de que lo que digo tiene la aprobación del pueblo y del Presidente de los Estados Unidos,— que mi Gobierno no codicia una sola pulgada de territorio al Sur del Río Grande."

Pero recordad que la doctrina Monroe ha evolucionado pasando de la defensiva a la intervención y de la intervención a la conquista; recordad que la fiebre de expansión e imperialismo de los Estados Unidos se manifestó ya en 1813 comprando la Luisiana a Bonaparte y en 1819 adquiriendo de España la Florida; recordad que en 1867 se anexaron Alaska y antes el Oregón, en 1898 las islas Hawaii, en 1900 las Samoa y en 1902 pretendieron comprar las Antillas Danesas; recordad que en 1870 el General Grant pensaba apoderarse de Santo Domingo; recordad que Johnson ambicionaba poseer la Perla del Mar Caribe en nombre de *las leyes de la gravitación política que precipita los pequeños Estados en las fauces de las grandes Potencias*; recordad que en 1895 el Secretario de Estado, Olney en su controversia con Lord Salisbury sobre Venezuela proclamaba la soberanía de la República del Norte en toda Hispano América; recordad que por mucho tiempo uno de los principales periódicos de Boston acostumbraba imprimir diariamente en primera página y con grandes caracteres que el asunto de mayor urgencia para los Estados Unidos era la inmediata anexión del Canadá; recordad que el Roosevelt de las declamatorias protestas, fué también el bravonel "*rough rider*," quien afirmó en Chicago que el Pacífico debía convertirse en lago yankee, quien con brutal crudeza preconizara para las naciones de América la política del "*big-stick*;" recordad que el pueblo de quien han sido porta-voz los elocuentes pregoneros de paz cuyas palabras he citado antes, es el mismo que tras una guerra injusta arrebató a México más de la mitad de su territorio; recordad que ese pueblo que se erige en sumo definidor de ética internacional, tomando inicuo pretexto para una calumnia atroz en la catástrofe, sin duda fortuita, del *Maine* — que el honrado Mr. Bixby, jefe máximo del cuerpo de ingenieros de los Estados Unidos, tras minucioso reconocimiento

x de los restos del buque en 1911, declaró haberse hundido a causa de una explosión interna,— con manejos incalificables llevó a España al desastre de 1898, y que el águila de su escudo hundi6 las rapaces garras en Filipinas y Puerto Rico y está siempre a punto de engullirse a Cuba, llave del Golfo de México, frontera al canal de Panamá; sí, “remember the Maine,” pueblos de América que excitáis el apetito y la codicia del Ogro del Norte; recordad.... ¿Pero a qué citar hechos concretos que pongan de relieve cuánto distan las palabras de los gobernantes de allende el Bravo de la invariable conducta de su pueblo? Basta recordar a su sincero—; y ojalá no sea profético!— Henry Clay, quien escribiendo a Channing, después de la expoliación de Texas, decíale ser éste un crimen que por su enormidad frisaba en lo sublime; que los tiempos modernos no ofrecían ejemplo de rapiña tan enorme; y que la anexión de Texas era el comienzo de conquistas que si una Providencia justa no lo impide sólo se detendrán en el Istmo de Darién....

Todavía hoy la Casa Blanca, con palabras unciosas, ofrece paz y fraternidad a los pueblos; y el ex-Rector de Princeton, profesor insigne, hombre de conciencia tan estrecha como la de los tripulantes del “May Flower,” y el varias veces candidato a la Presidencia, el fracasado economista, el diplomático de tan austeras costumbres que en los banquetes oficiales proscribía el vino derrochando la limonada en obsequio de los embajadores extranjeros; esos dos hombres eminentes sin duda, pero extraños, olvidando cuál fué el motivo de la doctrina Monroe, se afilian espiritualmente al Romanoff, el Hohenzollern y el Hapsburgo de hace un siglo; y así vemos atónitos que Mr. Woodrow Wilson y Mr. William Jennings Bryan forman entre sí una novísima Santa Alianza, creyéndose con derecho a intervenir en los asuntos de otros países y a modificar su gobierno, a fin de evitar los efectos de su mal ejemplo!!!

Ambos cristianísimos cruzados hicieron su primera salida de intervencionistas con ocasión del imbroglio balkánico, de donde parece volvieron como la raposa de la fábula, con las orejas ga-

chas; pero paladines sin miedo—; ni al ridículo!— con supina ignorancia de las cosas de México (pues no cabe poner en duda la buena fe de hombre tan moral como el Presidente), acaban de mandar a este país notas para siempre celeberrimas que han provocado en las cancillerías variadas manifestaciones de regocijo, desde la sonrisa leve hasta la carcajada homérica.

Pero si espíritus apicarados y maleantes hallan en tales sucesos pretexto a burlas; si por otro lado los recelosos y suspicaces creen que toda conciencia honrada debía protestar enérgicamente contra supuestas maniobras inconfesables de alguien que acaso pretenda apoderarse arteramente de lo ajeno; si la prensa universal ha considerado como una puerilidad indigna de estadistas alguna de las proposiciones transmitidas por Mr. Lind, los espíritus serenos y reflexivos ven con infinita angustia cómo la actitud sincera o hipócrita de la Casa Blanca, cómo el puritanismo o el fariseísmo del Presidente Wilson, cómo el exagerado culto a principios abstractos o una maquiavélica complicidad con intereses bastardos y ambiciones criminales, evitan o retardan el restablecimiento de la paz y el orden en este desdichadísimo país en que ya no hay un hogar sin crespones de luto, en que la obcecada y culpable actitud de esos dos falsos o equivocados apóstoles de la ética del cristianismo aplicada a la política internacional, Wilson y Bryan, va sembrando en los corazones mexicanos le cizaña de odios inextinguibles entre hermanos y arrancando de ellos el amor que predicaba el Divino Maestro.

Protesto que no hay en mis palabras asomos de acrimonia, como no hay rencores en mi corazón; admiro en cuanto de admirable tiene a la gran República del Norte; conozco, trato y estimo profundamente a muchos norteamericanos de elevado criterio y noble espíritu; pero mi admiración y mis simpatías personalísimas no pueden cegarme a la hora de definir las abominables consecuencias de la conducta política de ese pueblo plutócrata e imperialista: a pesar del misticismo y la mansedumbre evangélica de las lucubraciones wilsonianas; a pesar de las reiteradas protestas de fraternidad hacia las mismas naciones que